

Ha Muerto el Dr. B. Ventura Pessolano

Para aquellos que fuimos sus alumnos la desaparición del Dr. B. Ventura Pessolano nos llena de dolor y aumenta la conciencia de nuestra responsabilidad.

Tenemos el deber de consagrarnos a nuestra vocación de maestros de la sabiduría como él se consagró.

Nunca olvidaremos su figura señorial, aristócrata del espíritu que aparecía ante nuestros ojos ávidos de saber.

Hace más o menos dos años que el Dr. Pessolano debió abandonar nuestra Facultad.

Pero han quedado las obras de ese espíritu que ha de sucederse a través de las décadas en la palabra y en la labor de los que acogieron sus enseñanzas.

Como un homenaje a su memoria publicamos en este número algunos de los discursos leídos en el sepelio de sus restos efectuado el 4 de mayo último.

Por la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata, el Dr. Jorge Cabral Texo y en nombre de los amigos el Dr. José Peco.

El Dr. Arturo Berenguer Carisomo, habló en representación de los alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires cuyas palabras transcribimos a continuación:

Señores:

Si no viniera a este lugar trayendo la voz de los que fuimos alumnos de Pessolano en el Colegio Nacional de Buenos Aires, lo mismo hubiese llegado para dar mi despedida postrera a uno de los hombres de corazón más puro, de sensibilidad más exquisita, de inteligencia más clara y de acción más tolerante que he conocido en el andar de la vida.

Pocos recuerdos tan imborrables, tan intactos y revividos siempre como el de aquella clase inaugural de filosofía de 1923, aún dentro del marco arquitectónico del viejo consistorio carolino: la lección clara, fluida, desembarazada y gallarda del maestro, desgarraba los velos con tan sabia mano y tan preciso ademán que la oculta ciencia se develaba como una gracia de cristal y el concepto rebelde, oscuro y arisco de la metafísica, corría ante los alumnos como una rumorosa fuente de colores.

¡Y qué maestro! Qué austera bondad, qué secreto poder suasorio, qué penetrativa eficacia en la idea y su transmutación verbal, qué modo fino y elocuente, a veces hasta dramático de instilar los conocimientos y dejar la huella inmarcesible.

Idealista cristiano de la nueva escuela, trajo a las aulas universitarias con los hombres de su generación, ese renacer impetuoso de lo trascendental opuesto a las últimas avanzadas caducas del positivismo comtiano.

Con el aletazo caudal de Hegel, como un ansia estrellera y la llama ardiente en el fondo espiritual del neotomismo del Cardenal Mercier y la escuela de Malinas, el

gran maestro nos deja a sus discípulos dos o tres fermentarios de extraordinaria riqueza: su luminosa página sobre la estética kantiana, su meditación sobre el contenido jurídico y social de la metafísica de Hegel, y ya resuelto en la corriente más moderna de las escuelas de la belleza, el ensayo sobre la "einführung" en ese apretado y rotundamente escrito en las líneas más avanzadas de Lipps y Volkelt sobre "la estética de la proyección sentimental".

Pero aún estuvo más cerca de nosotros y como notable profesor de historia argentina nos legó aquella estampa graciosa y profunda a la vez de Juan Crisóstomo Lafinur y aquella lección completísima sobre la evolución de las ideas filosóficas en nuestra patria que en nada desmerecen las que en libro ya clásica esbozara su maestro Alejandro Korn.

Por esto no tendría importancia si Pessolano no hubiese encendido su palabra, su ademán, su pensamiento con el espíritu y el estremecimiento del poeta, de ese poeta que llevaba insito en cada idea, suplicante de la forma cincelada e impecable. Quizás rebelde su pluma al martilleo de los versos, volaba venturosa donde es más difícil lograr emoción poética: en esa prosa filosófica tan personal y tan suya que irradiaba belleza en cada línea y que lo llevó en toda escala del pensamiento metafísico a detenerse en la estética, ese último peldaño del misterioso laberinto que ha sido en todo el idealismo transcendental desde Platón hasta Croce la aspiración suprema y casi inaccesible de sus peregrinantes.

Y nada tampoco de todo esto tendría valor si Ventura Pessolano no hubiese sido supremamente un hombre bueno: de una bondad entera y generosa; comprensiva y ecuánime; sencilla y grande a la par. No sé si mi voz podrá evocar aquellas altas horas de la noche en la calle Córdoba —el humo del sempiterno cigarrillo rubio nimbando su frente ancha y libérrima— mientras escuchaba con seriedad amistosa y complacida la página temblorosa del escritor adolescente, y luego su palabra, su maravillosa palabra iluminada, caer justa, precisa, sonora como reconvención, como aliento, como prédica. Y tan cerca de él estuve durante los diez años más ricos y vibrantes de mi juventud que hoy al verle partir es cuando siento de veras todo lo que hizo en nuestra vida y dejó en ella plasmado para siempre.

Decían los griegos que los dioses castigaban encerrados a quien quería parecerseles. Y la celosa Némesis, puso en él sus ojos porque ya sabía demasiado el secreto de las cosas, y así, en una hora aciaga, de golpe, sin piedad, cayó herido en sus dos más puras facultades el orden mental y la palabra. Desde entonces estaba muerto, porque en Pessolano no ser lo que era como no ser. Pero el Dios de los Cristianos en su bondad infinita aún quiso darle un nuevo galardón y le concedió la corona del martirio: dolores físicos, angustia moral, olvidos e ingratitudes de amigos que creyó fervorosos, soportó durante diez largos años en que el fúnebre esquife del cuerpo agotado llevaba su espíritu con lento remar hacia la muerte que lo esperaba, para redimirlo en la doble gloria de su alma y su recuerdo.

Frente a esta tumba recién cavada los discípulos tenemos la sensación de que hay que esperar de nuevo, o mejor aún, de que se cierra una etapa: con él se marcha una época en que el mundo creyó segura para siempre la con-

quista de ideales definitivos: la paz, el amor, la tolerancia, la libertad. Con él se marcha una juventud venturosa, artista y ardiente que pensó había tocado las estrellas, luego de haber atravesado un mar de sangre. Con él se marcha y se apagan los últimos gritos de aquella caravana alegre e impaciente.

Al volver los ojos en torno nos parece que el huerto vacío y deshojado tiene ya el gris, la rigidez del otoño, y al verle partir para siempre tenemos, en esta hora desquiciada y tenebrosa de los hombres, la sensación de que nos quedemos, si cabe, más solos todavía. Pero aún así, maestro y amigo querido, descansa en paz. Tus discípulos hacemos promesa ante tí, ahora que todo lo sabes, puesto que atravesaste el río del enigma, que aquí seguiremos trabajando para descifrarlo como tú lo hacías, con fe muy alta y pasión fecunda, y que no se extinguirá la llama que tú nos dejaste encendida para buscar, en el camino de las sombras, el milagro divino de la luz.

En nombre del Colegio Nacional de Buenos Aires hizo uso de la palabra el Dr. Osman Moyano de cuyo discurso transcribimos algunos trozos:

"Era sin duda la de Pessolano una de las más robustas y prestigiosas figuras de la joven generación de maestros universitarios de nuestra época.

"Representaba por sí solo el arquetipo del estudiante provinciano que acude a la metrópoli en procura de nuevos horizontes, y que, sin más ayuda que la de su talento, su fe y en sí mismo y su ardoroso espíritu de trabajo, lucha, se afana, descuella y triunfa.

"Había elegido, para saciar la sed de saber que lo acosaba, la más modesta, la más lírica, la menos utilitaria — y por ello casi despreciada — de todas las carreras: Filosofía y Letras, demostrando así su desapego por los oropeles alucinantes de las llamadas profesiones "de porvenir" y, sobre todo, definiendo su verdadera vocación.

"Me parece verle aún en la vieja casa de la calle Viamonte, en la época de mi ingreso, con su esbelto y erguido cuerpo, coronado allá arriba por aquella frente tan amplia, nimbada por cabellos renegridos y sus oscuros ojos de suave y bondadoso mirar, destacándose entre el grupo de compañeros que le rodeaba, platicando con ademán sereno y reposado, pero lleno de firmeza y convicción.

"Es que ya entonces, al promediar sus estudios universitarios, habían perfilado su personalidad, y nos era señalado a los noveles, como a un caudillo. Y lo era, en verdad. Pero no el tipo de caudillo que vieron después las casas universitarias, cuando la venalidad de una politiquería de bajo jáciz vino a inficionar el alma estudiantil, sino aquel otro de buen cuño, el adalid, el estudiante sobresaliente y ejemplar, que arrastra las voluntades de los condiscípulos que le aman y le admiran por su prestigio intelectual y por su hombría de bien. Y que, por ello, mueve a llevarlo a presidir la corporación de estudiantes; que no otra y únicamente ésa, era limpia causa de las hidas estudiantiles de ese entonces. Mas él nunca triunfó ni en esas ni en otras, porque no tenía alma de político y tampoco sabía de artimañas.

"Así llegó a doctorarse en aquellas disciplinas que le fueron tan caras, y siguió siendo fuera de la Facultad lo que había sido en ella: un estudioso.

"No tardó mucho en llegar a la cátedra universitaria, pues el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires le señalaba para ocupar el cargo de Profesor Titular en la Cátedra de Estética, de la Facultad de Filosofía y Letras, y la Universidad de La Plata le consagraba catedrático de Filosofía del Derecho.

Hizo otras consideraciones sobre su vida de estudio y agregó:

"Pero, más que escritor de enjundia y de galana forma, y de orador, maestro de elocuencia, Pessolano fué, en el fondo un filósofo y un enamorado de la Filosofía.

"De lo vario de todas las escuelas, supo extraer lo más bello, la flor, la esencia, la piedra preciosa, para ir formando su diadema moral.

"Podría, pues, decirse que fué socrático en su sentimiento profundo de la ciencia, confundido con la práctica del bien, en la refutación del error y en su mayéutica; platónico por su dialéctica de los sentimientos de la belleza universal e inmutable; aristotélico en su concepto metafísico de la perfección suprema; estoico por su amor a la libertad, ya que también pensaba que "ser libre es trabajar por la libertad de todos", como en aquel "CARITAS HUMANI GENERIS" de Cicerón; estoico también por su recto sentido de la justicia social, y hasta por la forma en que sobrellevó los años de su horrendo martirio.

"Si, embargo, Pessolano era, por sobre todo, un filósofo cristiano. Había bebido ávidamente en la escolástica, como en todas las doctrinas antiguas y modernas; pero de su excursión por aquellas escuelas religiosas de la Edad Media, halló en la doctrina del Doctor Angélico, expresión perfecta de la ortodoxia católica, la que más se avenía con su propio temperamento, la piedra angular de su posición espiritual.

"Era un católico sincero y ejemplar. El amor a Dios constituía para él —verdadero cristiano— el acto de amor sobrenatural en unión con Cristo, infundido por el Espíritu Santo, divinizado por la gracia y unido a su cuerpo místico en la práctica de la virtud. Y así la amó, en espíritu y en verdad, sirviéndole —como enseñaba San Francisco de Sales— "en el ejercicio de la caridad con el prójimo, en la humilde y sincera confianza en El, y en el sufrimiento de sí mismo".

"Si "toda vida es una profesión de fe y ejerce una propaganda inevitable y silenciosa" —según afirma Amiel—, es fácil comprender porque el alma grande de Pessolano, pletórica de excelsitudes, haya ejercido, más que por sus obras escritas, la poderosa influencia educativa que significa la fuerza de los grandes ejemplos. Y por ello fué un gran maestro de la juventud".

Terminó repitiendo la oración que la Iglesia dedica a sus muertos: "Dadle, Señor, el reposo eterno. Y que la luz eterna lo ilumine".

"DOMINE, EXAUDI ORATIONEM MEAM. ET CLAMOR MEUS AD TE VENIAT".